ce pensar con frecuencia en un Francisco de Asís perdido en medio del mundo pagano—, pudo encomendar el César semejante tarea. Virgilio, hijo de campesinos, él mismo pequeño propietario y cultivador de sus tierras, conocedor experto de todas las labores agrícolas y dotado de prodigiosa inspiración y elegantísima retórica, supo cumplir a la perfección el encargo, creando ese admirable poema, tan impecable de forma como palpitante de vida en el fondo. *Las Geórgicas* son el poema de la tierra. Sus versos magníficos evocan una a una las faenas de los labradores, pastores y apicultores con toda su ternura y su belleza. La siembra, la siega, la trilla, la vendimia, el esquileo, la recogida del aceite, la miel o el vino, aparecen descritos con todo su colorido y perfumes peculiares en escenas de un vivo realismo que nada tienen que ver con el falso y almibarado amaneramiento de la poesía bucólica —desde la del propio Virgilio hasta la pastoril de los siglos XVI, XVII y XVIII. *Las Geórgicas* son la verdad misma de los campos, los ríos, los bosques, los jardines, los animales domésticos o salvajes, expuesta con la pasión y el conocimiento de quien por haber vivido o convivido en ellos y con ellos sabe penetrar en sus recónditos secretos. Naturalmente, no todos los pasajes del bellísimo poema didáctico tienen la misma encantadora sencillez. Hay trozos más complicados a causa de alusiones mitológicas o históricas u oscuridades idiomáticas, en que la fluidez de la lectura se pierde un tanto. Pero el poeta recobra en seguida su pasmoso dominio de la palabra y de la materia que trata, prendiendo nuevamente la atención del lector en el hechizo gracioso de sus versos.

Si yo no tuviera la seguridad de tu amor al campo, no me atrevería a consejarte la inclusión de *Las Geórgicas* en tu biblioteca. Pero como has servido a España y a la Falange en la «Hermandad de la Ciudad y el Campo», y conoces las alegrías y tristezas de la vida rural, lo hago sin temer que su lectura te aburra o me tildes de pedantería. Es más, después de que las hayas leído, tengo la seguridad de que te serán aún más entrañables los paisajes, los animales, las estaciones: todo cuanto por los divinos versos de Virgilio fluye y discurre apaciblemente.

Hasta la próxima, te saluda cordialmente

T. C.»

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Consigna. N.º 113. 1/6/1950.